

CRÓNICAS CANTORRINAS

Por Alfredo Fernández “Zetta”

La vida en un pueblo desaparecido,
Cantorredondo,
de los felices 20 hasta 1938

Título: Crónicas cantorquinas

Autor: Alfredo Fernández

Edición: HiFer Editor

Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com

Dep. Legal: AS - 2113 - 2014



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.
© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

ÍNDICE

CANTORREDONDO Y SUS GENTES

Lamentación ante las ruinas	7
¿Cómo era Cantorredondo?	11
El enigma del molino	11
Casa Antón el de Manuela y su Clan	13
Interludio estival	17
La Casona	30
Los corrales de “acullá”	32
Los fontanes	36
El clan de Los Labradores	38
El clan de Los Frailes	49
Cuando mi padre buscaba moza	55
Mina Reguerona	57
La escuela: Maestros que dejaron huella	62
El inciso de la “Escuela Frailes	81
Vuelta a la escuela del pueblo	85
La boda de D. Germán: mi padre traspasa el Pajares	91
La explanada del “Peralín” y sus conjuntos	98
La Casa Elvira	104
El Clan del autor	114
La huerta de detrás de casa	119
Teníamos abejas	127
Entremos en casa	130
Subiendo a la sala	138
El desván	143
La “bodega”	145
El horror al aceite de hígado de bacalao	153

¿Un tesoro en la pocilga?	154
Proseguimos camino: hacia la fuente	157
Otras gentes: familiares; amigos	164
Ocupantes de la casa natal:	
Benjamín y Lourdes; los Corderos:	
Carmen y Mino	169
Ocupantes de la casa vecina:	
los Morillo y Miguel “el Ferreru”,	
los Corderos: Jesús y Cándida;	
Rosario y Belarmino; Lourdes y Laureano	177
La historia del cojo Eduardo	188
La historia de Nieves	190
Un mítin en La Tejerona	194
El último Primero de Mayo	198
Tomamos café en El Oriental	205
El alzamiento y la guerra civil	207
Reanudo estudios: la Academia Lastra	216
Nos visitan los huidos: adiós a Cantorredondo	216
Segunda visita del Maquis	218
Cantorredondo solo: el lamento del egipán	222

IMÁGENES

- 1 – El autor y sus antepasados
- 2 – Lavaderos de Mina Noriega, 1932.
- 3 – Cantorredondo en un mapa del I.G.N.
- 4 - Fotografía aérea reciente de la zona.
- 5 – La Tejerona es hoy un área recreativa.
- 6 - Visita a Cantorredondo (1976).
- 7 – La escuela (1976).
- 8 – Visita a Cantorredondo (1976).

- 9 y 10 – Casa familiar (1976).
 11 – Comienzo de la extracción a cielo abierto (1981).
 12– Un piquituerto.
 13– Nido de zorzal.
 14 – La emulsión de Scott.
 15– Lámpara de carburo.
 16 – Catálogo de bombillas, 1935.
 17 – Revista “Mundo Gráfico”, 1928.

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

Labradores y mineros: la presencia de la mina	239
Hacia una cierta autarquía	242
Traficantes que paraban por Cantorredondo	248
¡Ave María Purísima!	258
¡Vamos a L'Acibú!	264
Regreso a casa	280
Costumbres y creencias	283
De tesoros escondidos, y de tesoreros	291
¡Vamos a echar “cuartetos”!	296
Perfiles de criados	302
De suspiros	309
<i>De re electrica</i>	312
Las moscas	316
Hombres de maíz	319
Un rey la distinguió con sus favores y adornó su casaca con sus flores	323
¡Vamos a la hierba!	326
Andar “a niales”	334
Depredadores – I	340
Depredadores – II	348

Memorial de agravios	350
El año en que fabricamos champán de sidra sin proponérselo	356
¡Vamos a la romería!	361
Interludio sentimental por La Faruca	364
Los niños perdidos	366
De manzanos y otros frutales	367
Los piquituertos	371
¡Vamos a castañas!	373
Saludo y despedida del árbol	378
Las vacas cuerdas	382
Vámonos al cuerno	389
Asiniaria	392
De perros y de gatos	398
Vamos a la “Escuela Frailes”	406
Notas finales	412
APÉNDICE (Cinco poesías de A.F. “Zetta”)	414

Capítulo 18 del libro del Apocalipsis:

La caída de Babilonia

18:1 Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria.

18:2 Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia (...)

18:10 (...) ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!

18:21 Y un ángel poderoso so so c]o cas s an co c]o Bfl;E

LAMENTACIÓN ANTE LAS RUINAS

*(Vae, vae, Cantorredondo
pagus ille pulcherrimus*

*Vae, vae, Babylonia
civitas illa fortis)*¹



uedo volar. Llevo un pájaro interior que abre sus alas y me deja, en un vuelo instantáneo, en el centro del pueblo que me vio nacer y me veo sentado sobre una piedra de molino. Yo soy ahora el ángel de la piedra de molino. Y, como el ángel, voy a arrojarla “con ímpetu” al mar del olvido, para que en las aguas, agitadas de este modo, despierten los recuerdos, hasta ahora peces dormidos en el fondo.

Ya me siento en la orilla, pescador de imágenes borrosas y huidizas, a veces asustadas de sí mismas. Sobre esta piedra granítica, ennoblecida por la mano y el pensamiento del hombre, que le ha dado una forma circular perfecta, tal una pesada luna opaca que ya ni gira ni gravita, arrumbada en un rincón del universo sobre un murete que perfila una calleja en cuesta, en una aldea cualquiera del ecúmene.

(Todas las calles de Cantorredondo son empinadas porque la aldea fue edificada en la ladera de un monte, donde hu-

¹ Para entender la lamentación sobre la pérdida de Cantorredondo es preciso recordar la lamentación sobre la caída de Babilonia que está contenida en el capítulo 18, versículos 1 a 19, del Apocalipsis de San Juan, reproducida en parte más arriba.

bo que excavar en cada caso el área precisa para cimentar los edificios que conformaron el pueblo).

Rodeado estoy de soledad y ruinas. Cayó, cayó Cantorredondo, aquella aldea hermosa. ¡Ay, ay, de la aldea próspera y bien edificada, que tenía un entorno de tierras de maíz, de habas, de patatas, y toda clase de hortalizas, de verdes praderas bien abonadas, de pomaradas, de una primavera de cerezos floridos, de perales, de melocotoneros, de ciruelas de ámbar con sabores de ambrosía, de bosques de castaños, de robles, de nogales, de álamos y fresnos, de setos de avellanos, de zarzamoras y de cambroneras!

La que veía animadas sus callejas por el paso tranquilo del ganado camino del prado y la pastoril melodía de las esquilas a su regreso al establo; con el menudo trotecillo de los asnos pacientes y mohínos; con la arrogancia desafiante de los gallos coronados de crestas escarlata y calzados de afilados espolones, al servicio caballeroso de las prósperas gallinas, atentas al cuidado de su prole.

La que podía apellidarse benemérita y acogedora porque había desterrado de sus antojanas la presencia de canes feroces, hostiles al forastero, que en otros pueblos hacían aborrecible el paso al viandante que se veía obligado a atravesarlos.

¡Ay, ay de la ilustre en su rural linaje porque en ella se hallaba la Escuela Nacional. Y la presencia de la bandera en el balcón del modesto edificio, así como la convivencia del vecindario con los señores Maestros dotaba a la vida cotidiana de la aldea de una dignidad por todos compartida!

¡Ay, ay de la laboriosa más allá de lo que las faenas agrícolas requerían, ya que su participación en las labores mineras

había proporcionado a sus gentes ocasión de adquirir experiencia en los duros trabajos del interior. Y entre los vecinos había ilustrados Facultativos, hábiles Firado.MlyqMey5Msy6RPMly5RM

La voracidad de la industria, la falta de escrúpulos de empresarios aventureros, junto con la indolencia culpable de cuantos llevaban a la aldea en su corazón, pero, demasiado perezosos o distraídos con otros asuntos, no se pararon a calcular el alcance de lo que se pretendía, dieron como resultado la iniciación de una labor de extracción a cielo abierto. Con la consecuencia de que los cimientos se conmovieron, los edificios se descoyuntaron y quedó alterado el trazado de algunas callejas para el paso de las infernales máquinas excavadoras...

Por eso yo, sentado en una de las tres ruedas de molino que aún existen diseminadas por el lugar, miro en torno y evoco sombras que me fueron muy queridas. Quiero escuchar el eco de sus nombres y sólo ausencia, soledad y silencio me responden. Y hasta mi corazón llega el reproche, lleno de dignidad, de las ruinas que contemplo.

¡Vae, vae, Cantorredondo, pagus ille pulcherrimus!

¿CÓMO ERA CANTORREDONDO?



enid, dadme la mano y os llevaré ante sus edificaciones más significativas y, mientras las contemplamos, os iré contando anécdotas, hechos y sucesos relacionados con las familias —que a veces llamaré clanes— que los ocuparon.

Comenzaremos por

El enigma del molino:

Pero ¿hubo alguna vez un molino en Cantorredondo?

Nunca oí a nadie afirmar, comentar o ni siquiera aludir al hecho de que aquellas ruinas existentes en “El Peralín” pudieran corresponder a un molino que en tiempos remotos hubiera podido funcionar en Cantorredondo.

Pero la presencia añadida de tres muelas, apostadas hoy en distintos rincones de lo que fue aldea, atestiguan —con la rotunda contundencia de la piedra— que sí hubo molino. Además de las muelas, existían otros vestigios como el extraño artefacto de madera arrumbado en la talambra de nuestro hórreo, del que mi abuela me dijo que era una “moxeca”. Pero sobre todo estaban las ruinas de lo que debió de ser un edificio de muros de mampostería, a la salida del pueblo, del que se conservaban unos lienzos de pared en ángulo recto y un

montón de piedras labradas, en lo que debió de ser su ámbito interior.

La existencia de un molino en Cantorredondo es una incógnita difícilmente explicable, extraña y para mí —ahora que considero el asunto más reflexivamente— motivo de un íntimo desasosiego. Me siento culpable de haber convivido y haber jugado casi cotidianamente entre estas ruinas sin sentir la necesidad de preguntar a los mayores acerca de su origen, pues seguramente entonces aún habríamos estado a tiempo de recuperar su memoria.

Porque otro de los enigmas que los restos del molino plantean es cómo pudo el pueblo olvidar toda noticia de su existencia. Ni quedaba familia ni vecino con el apelativo de “Los Molineros” o “Los del Molino”, lo que es extraño si se tiene en cuenta la inclinación de la gente a la aplicación de apodos o sobrenombres relacionados con la ocupación u oficio del motejado.

Aumenta nuestra perplejidad si nos preguntamos cómo podía funcionar una instalación semejante, qué clase de energía hacía posible que las pesadísimas muelas girasen para moler el grano, de maíz o centeno posiblemente. La electricidad no llegó hasta 1932. ¿El agua? No quedaba rastro alguno, ni huella ni tradición de que hubiese existido nunca un manantial, arroyo o corriente natural capaz de mover un molino. ¿Que pudo haberse escosado, sumiéndose en la tierra? Aun suponiendo tal caso, el cauce de una corriente de agua no se borra de la superficie con facilidad. Un arroyo deja la señal de su fluir grabada en la tierra de forma característica; durante años y años persiste, como una marca en el terreno que fue su

lecho. Y en Cantorredondo no quedaba, en el entorno de estas ruinas, señal del paso de corriente alguna.

Queda, como única alternativa, la tracción animal, y así sería, seguramente. Pero si funcionó de esta manera, podría esperarse que quedara huella o señal de la andadura de la desdichada acémila sujeta al cumplimiento de tan duro menester.

Así, pues, resumiendo: hubo un molino del que permanecen las ruinas, del que nadie se acordaba ya en Cantorredondo y en torno al cual permanecen planteadas algunas incógnitas que no serán resueltas jamás.²

Detengámonos ahora ante

Casa Antón

Cerca de las ruinas del molino, del que sólo la separaba una calleja que lleva al camino del Este, por el que se va a Pradocimero y Les Estayes, está la casa de Antón el de Manuela.

Era una casa grande, destartalada, con una antojana que recuerdo siempre ocupada por montones de leña. Tenía unos escalones de piedra que daban a un zaguán ocupado por montoncillos de patatas, o de nabos, maíz o castañas, según la es-

² Según diversa documentación de la Sección de Fomento de Minas de Asturias del año 1864, esta pequeña aldea efectivamente contaba con un molino en el reguero llamado Canto Redondo. Del reguero --era fácil derivar el cauce-- el agua era captada por un canal hasta el depósito de agua. Así lo ha expuesto recientemente el investigador José Antonio Vega Álvarez en su trabajo "Mieres-San Tirso, pasando por La Peña" (nota del copista).

tación y el tiempo de cosecha. Véanse también por allí numerosos aperos de labranza.

Al traspasar la ancha puerta de dos cuerpos, que estaba frente a la entrada del zaguán, se entraba en la cocina, donde había una ancha mesa alargada, con dos bancos de su misma longitud; multitud de cacharros colgaban de una inmensa espetera, todos a la vista; a la derecha, el llar, sobre el que, colgando de unas caramilleras, había una caldera expuesta al fuego de la que salía un aroma de berzas cociendo.

Al fondo estaba el arranque de la escalera, de dos tramos, con pasamanos y descansillo, extrañamente ancha y fácil de subir. Conducía a la sala, donde se arrimaban a la pared dos o tres camas de hierro barnizadas de negro y, a la derecha, se veía la puerta de la habitación de los padres. La sala era clara, con varias ventanas, un ventanuco y puerta de salida a un corredor con balaustrada de rejas torneadas, donde se colgaban las ristras de panojas amarillas, rojizas, de color naranja...

Haré aquí la observación de que todas las casas del lugar, menos dos de inferior categoría (eran de ladrillo) que había en la salida Norte, según se va a la fuente, estaban construidas con voluntad de duración, con sólidos muros de mampostería y argamasa y fuertes vigas de roble o de castaño. El modelo arquitectónico era único: planta, piso con corredor y sala, y desván. Lo que no impedía que cada una ostentase su propio toque de estilo y personalidad. He de consignar también que la casa que estoy describiendo era la que mostraba un aspecto menos cuidado, ostensible en la falta de trozos de revoque en las paredes exteriores y en la carencia de pintura reciente en el interior. A Manuela no parecían interesarle las plantas de adorno y únicamente cuando Sagrario comenzaba

a ser mocina, empezaron a verse matas de claveles y geranios entre las rejillas del corredor.

En una visita que hice a esta casa acompañando a Gelín, con quien había estado antes en la tierra de Les Abeyes ayudándole a arrancar y rapar nabos para el ganado, al ver la cocina me dio la impresión de que allí conservaban las estampas de todos los calendarios que les habían ido regalando en el comercio de Ramón el de Quelina (“Almacén de coloniales. Piensos. Ultramarinos”) y lucían clavados por las paredes como único elemento estético añadido: idílicos paisajes nevados, realzados (oh, sublimidad del arte) con purpurina, gatitos juguetones, un portalillo de Belén con portacartas, una esbelta cazadora perfectamente enjaezada para el trance venatorio con escopeta y canana, un tren saliendo airoosamente de un túnel con enorme penacho de humo, y una vista del Santuario de Covadonga, entre otras.

En el hogar de mi amigo Gelín (Ángel cuando no usábamos el hipocorístico) parecía predominar el criterio funcional y utilitario sobre la estética doméstica pequeño-burguesa que pretende, mediante el mantenimiento de las cosas ordenadas y limpias, otorgar al ambiente hogareño una cierta sensación de seguridad y bienestar. Su filosofía parecía ser: “la casa es para nosotros y no nosotros para la casa.”

Pues en este edificio, que aparentaba ser más viejo de lo que realmente era, habían establecido Antón y Manuela su clan familiar. El cual estaba formado por ellos dos, la abuela Laura (tía Laura para todo el mundo) y los hijos Juan, Manuel, Ángel, Sagrario y Sabina, por orden de aparición en este rincón del universo mundo. Gelín, Sagrario y Sabina eran poco más o menos de mi generación.

Antón era un tipo alto, bien formado, no muy ancho de espaldas, servicial y buen vecino; lucía un bigote con guías que solía atusar con frecuencia con índice y pulgar de la mano derecha. Estaba siempre dispuesto a hacer favores y como era considerado un hábil “corador”, en la época de la matanza, allá donde se oyera gritar desesperadamente a un cerdo, seguro que se hallaba él, “corón” en mano dirigiendo la estocada mortal que había de atravesar el corazón del gorrino. Tenía fama de buen minero y en las reuniones vecinales en las noches de estío le veo explicando de qué modo y con qué riesgos había levantado, con otros dos escogidos, la quiebra de la capa 11, o cómo le destinaron a calar una chimenea de ventilación que fue a salir, maldita sea, junto a una llamarga, en el prado del tío Félix de La Matiná.

INTERLUDIO ESTIVAL

¡Oh reuniones de estío, junto al viejo roble que se empeñó en vivir a pesar de la tremenda herida causada por el rayo, o bajo el grueso cerezo que crecía en La Escaldá, delante de mi casa! Una suave brisa oreaba los cuerpos sudorosos y cansados por los trabajos y los días de la recogida de la hierba. Brillaban las estrellas y acaso un autillo, habitante de la frondosidad de los castañedos, osaba acercarse al pueblo y desde el cerezo entonaba, de pronto, su canción monótona y agorera. Los mozos, entonces, urdían en vano estrategias para cazarlo a pedradas...

Se charlaba de las cosas próximas y entrañables, de la cosecha de hogaño, de la mina, de historias y trances por los que hubieron de pasar durante los tres años que algunos estuvieron “sirviendo al Rey”, aventura máxima en su vida.

Alguna vez llegaba Ramón da Veiga (icalderero y paraguero!) que gustaba de posar en el pueblo y se añadía a la reunión. Contaba lances vividos en la guerra de Cuba y de su boca, con acento gallego, escuchábamos por primera vez palabras transmarinas como bohío, manglar, ingenio, manigua, cañamalar, ron, mulata y otras.³

Otra noche fue Amado, amigo de mi padre, quien se sentó en medio, con el aire indeciso de los muy miopes, su visera a cuadros, su extraño perfil de luna menguante y su acordeón. Amado afirmó el instrumento sobre sus rodillas y pronto se oyó el primer suspiro del fuelle mágico que se estiró sorbiendo el corazón de la noche para devolverlo en for-

³ En las páginas 254 y siguientes se cuenta más de Ramón da Veiga.

ma de surtidor de notas de colores. Siguió la melodía, quejumbrosa y agónica, como el lamento de un alma herida de nostalgias. Cesaron las voces y chanzas de los mozos y sólo el sollozo del acordeón se oía, llenando el cuenco de la noche...

Y cada uno sentía, a su modo, que le estaban susurrando al oído, en el extraño idioma sin palabras de la música, la historia secreta de sus sueños más íntimos. Una dulce melancolía llovía secretamente sobre sus vidas grises. Y el anhelo de una felicidad desconocida pero presentida como posible y cierta llenaba los corazones, mientras las notas del acordeón se encogían y se estiraban.

Y cuando Amado cerró sobre sí mismo el fuelle de los sueños y lo aseguró con la correa que impedía que las melodías malevas y dolientes se le fuesen volando, todos se levantaron con la sensación de haber escuchado aquella noche la historia de amor más triste y hermosa jamás contada...

Nadie podía sospechar entonces que estas veladas geográficas de los estíos rurales, llegaría un tiempo en que ya no podrían celebrarse. Un tiempo de ideologías encontradas, de recelos, de desunión, de odio entre hermanos.

Pero volvamos a lo nuestro:

La madre, Manuela, era de estatura mediana y se lucía más bien sobreabundante por todas partes, de cara redonda y despejada, de fácil sonrisa, con el pelo liso peinado hacia atrás y recogido en un moño rematado de cualquier manera. La recuerdo vestida de oscuro (...)

Juan, el primero de los hijos de esta familia, era alto, delgado, parecido a su padre y ya trabajaba, como él, en Mina Reguerrona. Cuando estalló la guerra estaba próximo a entrar en suerte y fue movilizado enseguida. Tuvo buena fortuna en los frentes a los que le llevaron y, cuando fue tomada la parte Norte, le mandaron al campo de concentración de La Cadellada. Después de varios meses le dejaron volver a casa, pero había agarrado la tuberculosis y murió al poco tiempo. De Juan recuerdo el día en que fue a “pedir modo” a las oficinas de la mina: iba a empezar a trabajar, lo que le daba derecho a usar pantalones largos, y le veo cantando con humor esta cuarteta:

*“Qué contentu estoy, señores
porque me fixo mió madre
unos pantalones llargos
de unos vieyos de mió padre.”*

Y era verdad. Así sucedía muy a menudo.

El segundo, Manuel, conocido más bien con el hipocorístico de Manolín el de Manuela, apareció traído por la cigüeña después de Juan. Sintió desde crío que estaba llamado a ser mecánico, chófer o cosa que tuviera que ver con el automóvil. Le recuerdo haciendo carreras por las callejas, rugiendo como los motores e imitando (ipají – pají!) el aviso de la bocina,

con un imaginario volante entre las manos y remedando los diferentes ruidos que produce la mecánica de los camiones.

Como parecía evidente que lo del “guaje” era el garaje y no la mina, el padre buscó algún arrimo y le colocó de pinche en el de Cefero, que en punto a vehículos de motor y bicicletas, era lo que había que ver en Mieres en aquella época.

Recorría diariamente, hiciera buen o mal tiempo, con sol o de noche, las casi cuatro leguas que había desde el taller, en el barrio de Oñón, hasta su casa.

Una noche, al regresar, y cuando estaba ya a la entrada del pueblo, fue protagonista de uno de esos episodios inexplicables que sucedían antiguamente mucho en las aldeas y que suelen estar relacionados con presagios de muerte próxima o desgracia inminente. El paraje era particularmente sombrío, incluso de día, por el follaje espeso que se cernía sobre el camino, precisamente allí donde iban a parar los envases y restos de medicinas que tomaba una vecina enferma de un mal misterioso del que se sospechaba que era la tuberculosis. Manolín contaba que de repente vio un bulto negro que se lanzaba, cruzando el camino, sobre el matorral espeso allí existente, en un enorme salto hacia abajo, repetido inmediatamente hacia arriba.

“—Respigueme y con los pelos de punta dí un xiblíu y eché a correr muertu de mío” —comentaba.

Trabajaba a veces hasta los domingos por la mañana y nunca le oí quejarse. Antón estaba contento con su suerte, pues con él había logrado lo que era el sueño de cualquier padre: librar a sus hijos de la mina. Manuel aprendió a conducir y todo lo que había que saber sobre la mecánica del auto, y

durante la guerra creo que anduvo en un hospital del frente con una ambulancia. Después se dedicó al transporte y se casó con una chica muy guapa, hija de un señor que poseía una flotilla de camiones. Luego se independizó (era una época de reconstrucción de los desastres de la guerra y de puesta en marcha de nuevas iniciativas, en la que un camión podía dar de comer a una familia). Manolín, que siempre había sido un poco fantasioso, oyó hablar de una saca de madera que nadie se atrevía a contratar, en uno de los concejos rayanos con Galicia. Hizo sus cuentas y se lanzó a aquella aventura que podía hacerle rico. Pero se equivocó; sus camiones se desvencijaron en las trochas y barranqueras por donde se esforzaban en arrastrar su pesada carga de troncos. Terminó arruinándose y yéndose a trabajar otra vez en lo de su suegro. No supe más de él.

El tercer vástago era Ángel (Gelín el de Manuela). Más o menos de mi edad, empecé admirando en él lo bien que hacía los números, en la escuela, a la hora de las cuentas: aquellos doses, airosos como cisnes, la elegancia de los ochos que estaban diciendo “sumadme”, los cuatros perfectos y sólidos como imaginados por un diseñador de sillones para casas de muñecas; los cincos, devotamente arrodillados ante la redondez olímpica del cero.

Como de la misma generación, salíamos mucho juntos y con el resto de la panda: Flor, Graciano, Paco el de la Maestra... íbamos a buscar nidos, a ver a los mayores jugar al fútbol en La Cotá, un campo cercano a Los Ruedos, abundante en gamones, que los mozos de los pueblos cercanos habían arreglado un poco y en el que se jugaban emocionantes partidos, por ejemplo el final de una liguilla entre el “Estrella Ro-

ja” de El Acevedo y “El Olímpico” de Oñón, al que asistió gente como para una romería. Íbamos también a escuchar la radio a Cutiellos, donde nos dejaban entrar en aquel pequeño local ilustrado con un par de periódicos y unos cuantos libros de la colección Universal, de la Espasa-Calpe. Algún domingo subíamos a La Teyerona, donde había un montículo o “curullu” que terminaba en una explanada en la que se podía jugar a la pelota y donde nos encontrábamos con gentecilla de nuestra edad procedentes de El Acibú, Les Estayes, Cutiellos y con los belicosos de La Matiná.

Era de carácter alegre y un poco fantasioso. Le gustaba, por ejemplo, contar –en tono confidencial– imaginados lances amorios con chicas que nunca acababa de precisar del todo y te quedabas con la duda de si procedía así por caballerosidad rusticana o porque no estaba diciendo toda la verdad. Un poco adulator sí que lo era, y a mí me dijo, en una ocasión en que falté del pueblo cosa de una semana, que tenía ganas de que volviera porque los juegos del atardecer no eran lo mismo sin mí. Como toda adulación, algo cala en el adulado y le agradecí la sensación que de momento tuve, de creerme un poco líder de nuestra pequeña pandilla.

Pero algo sí debía de apreciarme, porque un día me regaló un revólver comido por el óxido y que, obviamente, no funcionaba. Yo estaba fascinado por aquel regalo y cuando cometí la ingenuidad de enseñárselo a mi padre, este puso cara de no gustarle nada que yo anduviese “con esas cosas que siempre traen quebraderos de cabeza” y me conminó a que lo hiciera desaparecer inmediatamente y bien lejos de casa.

En vez de arrojarlo a cualquier lugar donde nadie pudiera encontrarlo, escondí el revólver en un hueco de la pared tra-

sera del corral de la tía Flora, lugar que me pareció discretamente retirado y seguro. De vez en cuando le hacíamos secretas visitas, unas veces yo solo, otras con Flor o Graciano. Juntos admirábamos nuestro tesoro y lo volvíamos a colocar en su hueco que tapábamos con una piedra. Un día fuimos y no estaba. Nunca supimos quién pudo desvelar nuestro secreto, ni a dónde habría ido a parar aquella fascinante maravilla, a la que habíamos limpiado y sacado todo el brillo posible.

Queda aún el asunto de los gomeros, tirachinas o tiragomas, que con cualquiera de estas palabras puede nombrarse lo que nosotros llamábamos “estiragomas”, inventando un vocablo más descriptivo de las características del artefacto, pues si intervenían gomas y la principal función de las gomas era la de estirarse o ser estiradas, resultaba de lo más adecuado llevar esta propiedad al nombre para mejorar su imagen fonética.

Yo envidiaba en Gelín su endiablada puntería. Me fastidiaba que, poniendo yo todo el esmero en el acto de estirar y apuntar, no siempre acertase a dar en el blanco, y lo mismo les pasaba a Yano y a Flor. Pero él no fallaba nunca. Sacaba su gomero, escogía una china apropiada para asentarla en la badana y sin detenerse a afinar punterías, encaraba el blanco, estiraba, disparaba y acertaba. Era la misma habilidad que exhiben en las películas “del Oeste” los pistoleros, cuya supervivencia depende de su rapidez en desenfundar y de su destreza para acertar sin apuntar. Algo como un instinto. Y yo me sentía molesto por carecer de finura y lucimiento en este arte. “Hasta para tirar con estiragomas se precisan cualidades innatas”—meditaba amargamente.

Nunca olvidaré aquella tarde en que nos encontrábamos cerca de la tierra Talina, una pequeña propiedad que la familia de Gelín sembraba un año de maíz y otro de patatas. Un pájaro volaba alegre y confiado sobre nuestras cabezas, quizás una alondra, puede ser que un reverderín. Como obedeciendo a un impulso atávico, Gelín de pronto sacó su tiragomas, disparó y le acertó. El pájaro dio un pequeño salto hacia arriba, quizás por el impulso de la piedra, y cayó a plomo a poca distancia de nosotros. Quedamos atónitos, tanto por la habilidad del tiro como por el resultado del mismo, que a ninguno de nosotros dejaba satisfecho. Nadie dio un paso para acercarse a ver qué clase de vuelo habíamos vulnerado de modo tan estúpido. Sin decir nada, Gelín guardó su artefacto como arrepentido y nos fuimos de allí.

Gelín nunca trabajó en la mina. Había demasiado quehacer en las tierras, en los prados y en la atención al ganado para que las mujeres solas pudieran sacarlo adelante. Tenía una cuadra bastante amplia pero algo oscura, con cuatro o cinco vacas de leche y siempre algún ternero criándose, y era el único en el pueblo que tenía conejos. Estaban sus madrigueras debajo de los pesebres y recuerdo el brillo de sus ojos, como rubíes temblorosos, apareciendo y desapareciendo, a saltos, en la penumbra del establo, entre las patas del ganado.

La guerra, que dio un vuelco total a la estructura social y económica instalada en las aldeas y pequeños pueblos, obligó a Gelín a buscar trabajo y lo encontró apropiado a sus conocimientos en una explotación ganadera, hacia el barrio de Oñón, según creo. Se casó en La Peña con una muchacha del clan de “Los Madreñeros”, buena gente, y murió pronto de al-

go relacionado con el corazón, ese amargo fruto del árbol del bien y del mal.

Su hermana Sagrario era una muchacha delgada, no mal parecida, seria y poco gritadora en los juegos del recreo y del atardecer. Su madre la tenía muy ocupada y seguramente por eso salía poco a los juegos vespertinos de las demás niñas. La recuerdo con su melena corta, su blusa azul y la ligera falda oscura, saltando a la comba en El Peralín con mis hermanas y otras crías. Mientras, cantaban aquella reliquia histórica que lamenta la decadencia del imperio inglés, que estaba empezando a soltar sus colonias: “Soy la reina de los mares / y ya no lo puedo ser...” (donde cantaban “soy” evidentemente deberían haber cantado “fui”).

Daba la impresión de que siempre estaba temiendo que se burlasen de ella y era poco amiga de dar confianzas. Un poco retraída, así es como la recuerdo. Andaba siempre acompañada de su hermana pequeña Sabina, camino de la fuente o cuando había que cuidar el ganado si este pacía en prados con lindes no bien guarnecidas. Tendríamos ambos (ella y yo) alrededor de los 11 (...) Hubiera podido enamorarme de Sagrario si no fuera porque –como ya era público y notorio– desde hacía algún tiempo lo estaba de Pacita, la pequeña del clan de los Labradores.

(De este noviazgo quedó constancia gráfica en una fotografía que el Maestro don Germán hizo al colectivo de niños de la escuela en la pequeña explanada del prado llamado de Elvira. Aparecíamos Pacita y yo en el centro del grupo, sentados en la hierba en la actitud yo de declararle mi amor y ella de recibir mi mensaje bajando los ojos pudorosamente. Siempre me pareció esta puesta en escena una parodia rural e in-

genua del misterio de la Anunciación: y soy Gabriel, portador del anuncio, y Pacita es la Virgen que, humilde y ruborosa, lo recibe y acepta. Y los demás escolares forman en torno un corro de ángeles ápteros, entre los cuales aparece el *deus ex machina* de esta escenificación no buscada, don Germán Núñez, con su mechón de cabellos sobre la frente y aspecto personal muy Generación del 27) (...)

De Sagrario salió con el tiempo una muchacha espigada y atractiva que se casó con un muchacho de la parte de San Tirso que resultó un buen marido. No lo mirábamos con buenos ojos cuando venía a verla, porque —en general— no solía gustar a los mozos de los pueblos que galanes forasteros vinieran a llevarse a las mozas del lugar. Pero nunca se le dio a entender señal alguna de hostilidad, ni se le negaba el saludo cuando iba con Juan o con Antón a tomar una botella de sidra a la taberna mientras Sagrario se preparaba para salir. Nos llevó a Sagrario para su pueblo y pasado algún tiempo la vi, visitando a sus padres, con una niña pequeñita, una Sagrario en forma de muñeca en la que su madre se repetía y se prolongaba y que no tardó mucho en quedar huérfana, pues Sagrario murió pronto, al parecer de la misma enfermedad que su hermano Juan.

El nacimiento del último vástago del clan de los Vázquez, la pequeña Sabina, representó una carga más para Sagrario, pues es sabido que en las familias pobres, o trabajadoras en general, los hermanos mayores cuidan a los pequeños, mientras los padres se afanan por sacarlos a todos adelante.

El episodio que voy a relatar, del que Sabina fue desgraciada protagonista, sucedió al anochecer de un día templado de otoño. Jugábamos en El Peralín, junto a las piedras desco-

yuntadas del viejo molino. Estábamos en las carreras del juego de “alzar la maya”, con el griterío propio del mismo: “me coges”, “no me coges”, “no se vale”, “alzo la maya por mí”, “adivina dónde estoy”... Y de pronto, alguien, nunca se supo quién, lanzó en lo oscuro una piedra. Esa piedra llevaba una trayectoria ciega y sin objetivo, pues no entraba en las reglas del juego el lanzamiento de objeto arrojadizo alguno, pero encontró, sin embargo, el blanco más inesperado: Sabina —unos cinco años— escondida tras el muro del molino, asomó la cabeza justo en el momento fatal, preciso, exacto, para incidir en la órbita del guijarro e interrumpirla con un violento choque que la derribó, bañada en sangre. La pedrada le había roto el hueso parietal derecho. El suceso conmovió a todo el pueblo. Se trajeron toallas y todo era poco, se trajeron sábanas, un vecino llegó con algodón hidrófilo, otro trajo vendas y esparadrapo. El daño parecía serio. Se determinó que había que bajarla inmediatamente a que la viera don Obdulio. Alguien trajo una yegua aparejada. Ignoro quiénes formaron la acongojada comitiva que acompañó a Antón y a Manuela, arrojándoles en la noche en torno a la yegua que transportaba el despojo sangrante de la pequeña Sabina, desvanecida en brazos de su madre.

Cuando llegaron a casa del médico algunos pensaron para sí que ya iba muerta. Don Obdulio limpió y vendó la herida y sentenció que había que llevarla “en el primer tren” al Hospital de Oviedo. Dispuso una camilla y les dejó acomodarse en la consulta hasta la hora de ir a la estación.

Sabina estuvo hospitalizada una temporada que nos pareció muy larga y cuando volvió al pueblo nos enseñó la herida, levantando el cabello liso y largo que la cubría: vimos una

costra escamosa, redonda, de color violáceo, que palpitaba como si debajo tuviera un corazoncillo prisionero que pugnara por salir. Desde entonces la tratábamos como algo frágil que cualquier tropiezo, cualquier torpeza podía estropear. Tuvo que volver al hospital más adelante y le colocaron –según oí decir– un casco de platino. Este episodio le dejó una secuela: padeció desde entonces pequeños accesos de epilepsia. Pero todo ello no impidió que creciese en edad y en volumen, y cuando, andando el tiempo, la vi en el barrio de San Pedro, donde vivía, me encontré con una Sabina adulta verdadero fenotipo de su madre. Se había casado, tuvo hijos, amó, padeció bajo el poder del aciago demiurgo que enreda los destinos en este bajo mundo, lo que quiere decir que se había realizado como persona. Bajo la protección de su égida de platino, como cualquier otra criatura del Señor, que las hace así a montones.

La abuela Laura formaba también parte de la familia de Antón (era su madre), cuando la cigüeña, cansada, sin duda, para ocuparse de buscarme mejor acomodo, me dejó en Cantorredondo. Era ya una viejecita menuda, mínima, encogida, cuando yo aparecí por allí, como un tonto que parecía listillo. Se la veía muy poco, haldeando en torno a la casa o acercándose a la cuadra del ganado, apenas un burujo negro de refajo y chambra, la cabeza cubierta por un pañuelo también negro que se enlazaba bajo la barbilla y dejaba escasamente entrever la punta de una varicilla que avanzaba con un punto de insolencia que contrastaba con la humildad caduca de su aspecto.

Tendría yo diez u once años, cuando una tarde de invierno, ventosa y húmeda, me mandaron que fuese a sacar las va-

cas “de la cuadra-cullá” (una cuadra que teníamos a la salida del pueblo, junto a la interesante y derruida casona, de la que hablaré) y las llevase a que bebiesen en los fontanes que había a unos 30 metros del establo y volviese a meterlas en el mismo. Era la tarea conocida como “llevar las vacas al agua”, que se realizaba dos veces al día, cuando el mal tiempo aconsejaba mantener el ganado a techo y la ración de hierba seca. Todo el pueblo sabía que la tía Laura estaba en las últimas y se notaba una especie de aprensión reverencial ante la proximidad de una muerte anunciada. El médico había entonado el *lasciate ogni speranza* y se había llamado al Viático.

Salí a la intemperie, desafiando a los elementos y ya voy calleja adelante madreñeando con encomiable determinación, cuando al pasar por delante de la casa de mi amigo Gelín ¿qué es lo que veo? En medio del antuzano, bajo el fino orvallo, allí estaba la tía Laura en cuclillas, toda un arrebujado de trapos negros y en la actitud que acostumbran las mujeres para orinar. Sentí ese pudor ajeno de cuando se sorprende a alguien en postura inconveniente que puede avergonzarle, aparté la vista rápidamente y seguí a lo mío. Al volver a casa conté lo que había visto y quisieron convencerme de que no podía ser la tía Laura, porque estaba en la agonía y todos esperaban que se muriese de un momento a otro. “Sería, a lo mejor, otra persona. ¿Te fijaste bien?”. Pues no, no me había fijado bien porque me dio vergüenza, pero estaba seguro de lo que vi. Yo “sabía” que era la tía Laura (o su ángel: Hechos, 12-15) y que el caso encajaba perfectamente en la fenomenología paranormal que suele acompañar al trance del tránsito definitivo.

El clan de Antón tenía por mote “los panducos” porque, al parecer, procedía del lugar llamado El Pando, por la parte de

Oviedo. No presentaba aparentemente nada de vejatorio, pero llamarle “panducu” a Gelín era sacarle los dientes. Y es que lo peor, en estos casos de apelación, es el retintín con que se hace. Ya lo dice el refrán: “*c’est le ton qui fait la chanson.*”

La Casona

Había a la salida del pueblo en dirección Este una casona derribada, paredaña con la casa de Antón. Una casa en ruina total, desmantelada por dentro, pero con un trozo de tejado que extrañamente había aguantado lo que los tabiques y solados interiores no pudieron resistir.

La Casona era el aliviadero de muchos vecinos, estaba por todas partes llena de mierda y a los chavales nos gustaba asistir en pandilla y hacerlo a pulso, encucillados sobre alguna de las tres potentes vigas que ya no sostenían nada y a las que trepábamos por una escalera lateral de piedra que otrora había servido para comunicar el bajo con el primer piso.

El ambiente se puede suponer infecto, pero por los rincones crecían, encantadas, las implacables ortigas, la benéfica cirigüeña y una “meruxa” menuda, con flores diminutas como las que se ven en algunas vajillas caseras de uso diario.

Hacerlo allí tenía un picante especial, quizá porque la costumbre campesina es exponer las posaderas al aire libre, y allí se cumplía este rito de un modo entre clandestino y transgresor cuya conciencia añadía una cierta excitación a la satisfacción natural del acto. Cada uno de nosotros tenía su aliviadero propio, que solía ser un lugar escogido sobre una de las vigas que cruzaban el recinto. Así se podía apreciar el creci-